

ESCRIBIR EN CATALAN

asiduidad, porque suelen ser libres y amenos, esta vez se han dejado llevar por sus propias obsesiones. Víctor Mora sueña con un Parnaso catalán cantando acorde con sus reivindicaciones lingüísticas y no se da cuenta de que no sólo no es nocivo que no estemos de acuerdo, sino que tiene que ser así, es necesario que sea así. ¿Cómo voy a estar de acuerdo con todo aquel que escriba en catalán? Esto sería monstruoso. Luego es lógico que los escritores (los quince) discrepen, se enfaden, se ataquen los unos a los otros. En cuanto a la supuesta tonadilla Castellet-Molas, esto sí que son fantasmas de la imaginación de Benach. De los quince sólo Pere Calders reprocha a Castellet su comisariado de la literatura social, y en cuanto a Molas, sólo recibe las iras de Estanislau Torres, que arremete además contra Porcel, Montserrat Roig, Joan de Sagarra, J. M. Cid-Prat y, sobre todo, contra Moix, que es su gato negro, valga la redundancia («moix», en catalán de las islas, quiere decir gato).

Y lo más interesante del caso es que hallo poca acritud a nivel personal entre los distintos monólogos. Los escritores se quejan, claro está; se quejan de la falta de *mass media*, de la discriminación lingüística, del obligado por unos y soportado por otros, bilingüismo. Y ¡qué lástima que nuestros lamentosos comentaristas no se den cuenta de la cantidad de cosas importantes que dicen los escritores! Pedrolo, por ejemplo; se ríe de la afición que tiene cierta casta de escritores a llamarse a sí mismos profesionales y apunta irónicamente al grado de mala conciencia que les impulsa a justificarse tras la profesión. ¡Qué lástima que no se dieran cuenta de los agudos comentarios que hace Montserrat Roig sobre el antagonismo de la vida de familia y la tarea de escritor! ¡Qué lástima que no se comente lo que dice sobre novela de vanguardia Guillem Viladot, y el propio Pedrolo sobre la distorsión del lenguaje expresivo de la situación desbordada!

El único ataque a nivel personal que registra el libro es el del propio Torres, que acusa a Terenci Moix de ser un Lucien de Rubempré de las letras catalanas, arribista al estilo de los héroes balzacianos, que abandona a sus seducidas y seducidos en cuanto ha logrado el lugar en la cumbre. Moix le contesta desde las páginas de «Tele-Exprés», con su gracejo digno de la Ronda de Poniente, con un artículo titulado Estanislau cabalga de nuevo, en el que le acusa simplemente de ser hombre para poco y así excusa de paso su no intervención en el libro.

¿Por qué no intervinieron los demás, Mercé Rodoreda, Jordi Sarsanedas, Jaume Vidal Alcover? Ignoro las razones de Mercé Rodoreda, las de Sarsanedas y Vidal las sé, porque lo he preguntado, y la respuesta fue sencilla: no hallaron en su atareada existencia el tiempo libre necesario para convertir la amorfa verborrea salida del magnetofón en un monólogo coherente. En este caso podríamos decir que la obsesión de estos escritores ausentes fue el rigor, la precisión, el propósito de síntesis características genuinas del buen cuentista.

El libro, como también ha apuntado Faulí, está lleno de ausencias: un elenco de novelistas que jamás se ha presentado a un concurso de cuentos, escritores que jamás concurrieron a un premio, es decir, toda una posibilidad de opiniones que nos gustaría ver contrastadas. Estoy segura que ellos encontrarían muchas más razones de discrepancia. Y no olvidemos los poetas, por cierto. Los jóvenes foixistas y brossitas que fruncen el ceño al oír la voz poderosa y acusadora de Joan Oliver, que les exhortaba al compromiso con la realidad, tendrían, estoy segura, muchas cosas que decir en contra de todo o casi todo.

Estoy convencida de que si alguien se entretuviera a registrar las opiniones de los escritores catalanes, los encontraría saludablemente divididos. Los que creen que vivimos en un tiempo en que urge el compromiso con la realidad contra los que creen que el compromiso con la realidad quiere decir el acuerdo con las consignas de un grupo... Los que creen que existen unas razones específicas que hacen de un escritor un óptimo escritor, contra los que creen que lo que hace un buen escritor es la corrección del lenguaje y la abundancia del léxico... Los que creen que el lenguaje es un constante proceso de creación, contra los que creen que escribiendo en una de *fregar cayó caldera* ya merecen el título de renovadores... Los que tienen algo que decir y lo dicen en cuanto la autoridad y el tiempo lo permiten (no se olvide que la tarea del escritor es una función pública) y los que viven alerta para decir lo que sea con ritmo de moda... En el libro *Els escriptors catalans parlen* se inician estos temas en el fondo de preguntas más anodinas: «No me has preguntado nada nuevo —dice Pedrolo compungido al final de la entrevista—. Nada que sea auténticamente comprometido sobre política, sobre religión...». El libro hay que leerlo a fondo y entre líneas, pero, ¿es que no hay que leer a fondo y entre líneas en lecturas cotidianas? ■ M. A. C. Fotos: PILAR AYMERICH.

